

## UN ELOGIO INGLES DEL CONDE DE PEÑAFLORENDA (1779)

Por JULIO-CESAR SANTOYO, PH. D.

Alexander Jardine fue un militar inglés, autor de varias obras, residente algún tiempo en Gibraltar, embajador extraordinario del Gobernador de esta plaza ante el Rey de Marruecos, y viajero incansable por diversas partes de Europa y Africa. En 1779 hizo un viaje por San Sebastián, Bilbao, Santander y el resto de la cornisa cantábrica. En Bilbao se encontró con un medio campatriota suyo, miembro, por cierto, de la Real Sociedad Vascongada: el irlandés William Bowles, a quien Jardine describirá como «*El anciano y honrado Bowles*»<sup>1</sup>.

Jardine escribió dos volúmenes con los recuerdos de este largo viaje; y el segundo de ellos, el que aquí nos interesa, presentaba esta página titular:

LETTERS  
FROM  
BARBARY, FRANCE, SPAIN,  
PORTUGAL, &C.

BY AN ENGLISH OFFICER.

Il s'agit de faire penser,  
et non de faire lire.

MONTESQUIEU.

IN TWO VOLUMES.

VOL. II.

LONDON:

PRINTED FOR T. CADELL, IN THE STRAND.

MDCCLXXXVIII.

<sup>1</sup> Jardine, A.: *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, etc.*, pág. 37.

(*Cartas desde Berbería, Francia, España, Portugal, etc. Por un oficial inglés. Se trata de hacer pensar, no de hacer leer Montesquieu. En dos volúmenes. Volumen II. Londres: Impreso para T. Cadell, en el Strand. 1788.*)

Estaban dedicadas estas cartas al Príncipe de Gales, y la obra tuvo tanto éxito que en seis años (1788-1794) fue editada cinco veces, cuatro de ellas en Londres y una en Dublín, y fue además inmediatamente traducida al alemán<sup>2</sup>.

Y es aquí, en una obra de esta naturaleza, tan difundida y leída como el número de ediciones da a entender, dónde vamos a encontrar uno de los más cálidos elogios de la Real Sociedad Vascongada y del Conde de Peñaflorida que jamás se hayan escrito en inglés o en cualquier otro idioma.

Escribe Jardine con fecha de 1779:

«Seguros podéis estar de que agradó mucho hallar en estas montañas una sociedad e institución docente para el estudio de las artes útiles y de la ciencia, fundadas ambas hace poco sobre buenos y benévolos principios. Tienen juntas anuales alternativamente en la capital de cada una de estas tres provincias, es decir, Vitoria, Vergara y Bilbao. Limitados, no obstante, por el espíritu celoso y entrometido de su gobierno y religión, se ven forzados a proceder con extrema cautela en la elección de profesores, libros y asignaturas. De lo contrario, algún inquisidor, confidente o fraile, o tal vez alguna influencia francesa en la Corte, pueden destruir en sus primeros cimientos toda la obra proyectada.

Asimismo, el éxito de estas dos instituciones depende demasiado de la vida de un solo hombre, el Conde de Peñaflorida, autor principal y promotor de todas estas mejoras. Es uno de esos caballeros rurales a la antigua usanza, que prefieren la vida en el campo a una residencia en la ciudad. Deliberadamente vive en familia, rodeado de sus tierras, y hace todo el bien que puede. Una sola vez al año, según tengo entendido, acude a la Corte. Su influencia sobre la mayor parte de los caballeros de esta región ha hecho que éstos sigan su ejemplo.

En razón de esta activa benevolencia y de los varios matrimonios que se han llevado a efecto, el Conde parece el patriarca

<sup>2</sup> *Bemerkungen uber Maroko, desgleichen uber Frankreich, Spanien un Portugall, Leipzig 1790.*

de todo un país. No puede haber, ciertamente, un estado más dichoso que el de una vida allí.

Su liberalidad raramente se manifiesta en actos de caridad desnuda, que por regla general sólo sirve para alentar la indolencia y el vicio. En cambio, estimulando los oficios y manufacturas útiles, desparrama por toda la región un espíritu de activa laboriosidad y emulación.

Se ve obligado a tener sacerdotes en su academia, y al parecer tiene uno al frente de ella, aunque de inclinación tan liberal cuanto uno pueda desear.

Se alegró de poder hablar libremente con nosotros, un placer éste que raramente se disfruta en estas zonas y que los ingleses no sabemos apreciar bien, por ser tan habitual entre nosotros.

El Conde hace viajar a sus hijos para que de todo se informen de modo personal, en particular en lo relativo a las artes útiles. Encontré a uno de ellos en París, y espero haberle inducido a visitar Inglaterra en unión de algunos otros compatriotas suyos que allí están estudiando con gran aplicación y provecho, principalmente química, física experimental y también la práctica de alguno de los oficios más útiles<sup>3</sup>.

Otro de los hijos del Conde fue enviado a Suecia para que aprendiese todo lo relativo al hierro y acero. Pero, desgraciadamente, murió. Si no, el buen Conde habría tenido ya éxito en alguno más de sus proyectos patrióticos, en particular la elaboración del acero, para la que su región está bien adecuada, ya que produce toda clase de hierro y carbón<sup>4</sup>.

No obstante, él continúa incansable; y es probable que algunos de sus proyectos favoritos aún logren salir adelante, o al menos alcanzar un comienzo, si vive el tiempo suficiente. Pero, como tales hombres escasean en este país, lo que no es tan probable es que sus reformas las prosigan y continúen después de su muerte; reformas tales como las de hacer más carreteras, o transformar en navegables los ríos, o mejorar más aún los puertos de sus costas»<sup>5</sup>.

Como puede apreciarse, Jardine aparece en general bastante bien informado en lo relativo a la Sociedad Vascongada, acaso a través

<sup>3</sup> Alusión a Antonio María de Munibe.

<sup>4</sup> Alusión a Ramón María de Munibe.

<sup>5</sup> Pág. 22-25, capítulo III del volumen II.

del propio William Bowles; y si hemos de dar pleno crédito a sus palabras (y no veo razones para no dárselo) conoció personalmente al Conde de Peñafiorida y a uno de sus hijos, Antonio María de Munibe. Cuando el autor alude a «*otros compatriotas suyos*» estudiantes en París, pensaba indudablemente en Francisco Eguía, otro de los alumnos de la Vascongada.

Pero Alexander Jardine no terminó en estas tres páginas de su segundo volumen los comentarios sobre Peñafiorida y su obra más preciada, el Seminario de Vergara. Vuelve a insistir en ellos algunas páginas después, y en términos que nada desdichan de los anteriores:

Quando visitéis esta región, quisiera que os detuviéreis un poco en Vergara. Allí encontraréis, estoy seguro, amplia compensación por el tiempo y esfuerzo empleados en cruzar las montañas que a ella conducen. Este buen Conde ha transformado también a esta gente en amantes de la música. Ahora traducen y ponen entre ellos en escena óperas italianas, desempeñando muy tolerablemente todos los papeles, tanto en el escenario como en la orquesta. Esto también tiene importancia para la educación de un país. Por muy inclinados que ahora os podáis sentir a reiros de tales cosas, tenemos a los hombres más sabios de la antigüedad de nuestra parte. Y yo considero que los efectos morales de la música son obvios, incluso hoy en día, aquí y en cualquier otro lugar, y acrecientan y mejoran la sociabilidad, el humanitarismo y algunos de nuestros mejores sentimientos<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Pág. 27-28.